

Aquileo J. Echeverría

el

Poeta de Costa Rica

Alfonso Ma. Landarech, S. J.

EN LA BELLA San José, capital del suelo tico, y exactamente el día 22 de marzo del año de 1866 se abría a la luz de su cielo tropical este capullo, promesa de la poesía centroamericana.

De su padre recibe en herencia una locuacidad imaginativa y «una afición al relato entretenido y malicioso, en que la sal resulta a veces un poco gruesa de grano» como dice un amigo suyo; de su madre llevará la naturaleza artística. Precisamente en las primeras composiciones de esta colección tropezamos con dos dedicadas a sus padres en las que brilla todo su cariño y reverencia de hijo agradecido: «Alma» y «A mi padre». La primera, sobre todo, es una filigrana de delicadeza.

Después de los estudios primarios inicia los de segunda enseñanza en el Instituto Nacional. Pronto tiene que interrumpirlos. La campaña de 1885 contra el General Justo Rufino Barrios hace que Aquileo abandone los libros y se enrolle en las filas que se dirigen a Nicaragua.

Allá conoce al Presidente de la República, General Cárdenas, a quien sirve por algún tiempo de ayudante militar, mientras se inicia también su gran amistad,

Aquileo J. Echeverría. Concherías. Colección «Los Clásicos del Istmo». Ediciones del Gobierno de Guatemala. Con un Prólogo de Georgina Ibarra Bejarano. Guatemala, C. A., 1948.

que le ha de durar toda la vida, con el príncipe de los poetas centroamericanos, el incomparable Rubén Darío.

De nuevo vuelve a su querida Costa Rica más que para darse a un estudio metódico para dedicarse a la lectura. En sus poesías, sobre todo en los romances, pueden hallarse huellas del Romancero español y de Lope de Vega.

Y aquí empieza su labor periodística en *La República*, en *El Comercio*, en *Costa Rica Ilustrada*. Aunque su producción principal son sus artículos, ya de costumbres, ya sociales en los diversos periódicos, su fama literaria estriba más que en ellos en sus poesías y en sus narraciones y descripciones de asunto folklórico y popular. Aquileo es ante todo el poeta de Costa Rica. Así lo dice el sentido del pueblo y así lo dice su musa:

*Canta a mi patria adorada
canta a mi ubérrimo suelo
a mis floridos rosales
a mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, bueno, sincero;
a la moza de alma blanca
y de durísimo seno.
a nuestras altas montañas,
a nuestros valles risueños,
a nuestra tierra fecunda
a nuestro límpido cielo,*

Y eso es sobre todo «Concherías»: la epopeya del pueblo costarricense descrito por fuera y por dentro. Leyéndolas revive en sus costumbres y uno goza inmensamente como si se desarrollase al vivo lo más típico y criollo de su vida.

La época en que le toca actuar a nuestro vate es época de inquietudes literarias en Costa Rica. Se forman los primeros cenáculos de escritores y poetas en la casa de un amigo o en la redacción de un periódico. Llegan al país figuras destacadas de la literatura hispanoamericana, entre las cuales se cuenta el creador del Modernismo, Rubén Darío. Con él traba estrecha amistad. Se publican versos renovadores que traen las brisas juguetonas del País de los Lagos. Hay fiebre de escribir en revistas y periódicos, se celebran justas literarias. Se inicia una verdadera revolución en la poesía.

En un ambiente así, saturado de entusiasmo y buen humor desenvuelve su personalidad literaria la más brillante figura del folklore costarricense, el poeta nacional y criollo: Aquileo J. Echeverría.

De este tiempo es su encantador romance «Un rebocito nuevo», que tiene algo de gracia andaluza y mucho más de nativa.

Con esta composición inicia un género nuevo que arraiga en el país porque es nativo y es el que le ha dado verdadera popularidad.

Aquileo es famoso ante todo por sus «*Romances y Concherías*», poesías de fuerte sabor local, en las que canta graciosamente y nos describe con toda la saltica y todo el gracejo de los naturales a ese tipo llamado allí *concho*, bajado en otras partes, que baja del campo a la ciudad y sazona su conversación con la sabiduría de sus experiencias y sus dichos llenos de filosofía popular.

Por eso la poesía de Aquileo J. Echeverría ha hecho época y será eterna, porque ha sabido penetrar en el alma del pueblo. Sus frases han adquirido en la conversación costarricense fuerza proverbial, y sus versos se citan como refranes y corren de boca en boca.

Pero continuemos el hilo de su vida. En 1887 es nombrado agregado a la Legación de Costa Rica en Washington, habiéndole tocado asistir al histórico acuerdo de fronteras entre Nicaragua y Costa Rica.

Pronto lo encontramos otra vez en su patria y luego pasa a El Salvador. Por este tiempo (1889) llega también a estas tierras Rubén Darío.

Veamos cómo nos cuenta él mismo su segunda visita a El Salvador.

«.....Una vez llegado a la capital salvadoreña busqué algunas de mis antiguas amistades, y una de ellas me presentó al general Francisco Menéndez, entonces Presidente de la República. Era éste, al par que militar de mérito, conocido agricultor y hombre probo. Era uno de los más fervientes partidarios de la Unión Centroamericana, y hubiera hecho seguramente el sacrificio de su alto puesto por ver realizado el ideal unionista que fuera sostenido por Morazán, Cabañas, Jerez, Barrios y tantos otros. En esos días se trataba cabalmente de dar vida a un nuevo movimiento unificador, y es claro que el Presidente de El Salvador era uno de los más entusiastas en la obra.

A los pocos días me mandó llamar y me dijo:

—¿Quiere usted hacerse cargo de la dirección de un diario que sostenga los principios de la Unión?

—Desde luego, señor Presidente—le contesté.

—Está bien —me dijo; daré orden para que enseguida se arregle todo lo necesario.

En efecto, no pasó mucho, sin que yo estuviera a la cabeza de un diario, órgano de los unionistas centroamericanos y que, naturalmente, se titulaba *La Unión*».

Entre sus compañeros de trabajo aparece Aquileo, a quien llama «el poeta de Costa Rica».

Esta corta permanencia de Aquileo en El Salvador sirvió para estrechar más los lazos de amistad entre ambos poetas y es natural que cultivara también el trato con todas aquellas personas de valer con que tenía relaciones su amigo Rubén Darío, varias de las cuales eran activas colaboradoras de *La Unión*: D. Santiago I. Barberena, por entonces Jefe de Redacción del nuevo diario unionista, y también profesor en el Instituto Nacional, quien profesó a Rubén el cariño de un hijo; el Dr. Rafael Reyes que había sido el primer Jefe de Redacción de *La Unión* y que por aquel entonces ejercía el cargo de Rector de la Universidad Nacional; el general Luciano Hernández, que gozaba fama de gran orador; el ya entonces notable poeta y sabio humanista D. Francisco Gavidía; el castizo escritor D. Francisco Castañeda, conocido en nuestro tiempo por sus Lecciones de Retórica; el Dr. Pastor Valle, redactor de *Los Debates*, y su colaborador, el célebre D. Alberto Masferrer; el poeta Vicente Acosta; el costumbrista D. Salvador Carazo y otros más.

Vuelve pronto a su suelo natal y continúa trabajando en las labores periodísticas, escribiendo cuentos, crónicas, críticas literarias y versos.

La amistad íntima con Rubén Darío se reanuda más tarde, cuando en 1891 el poeta nicaraquíense permanece en Costa Rica nueve meses.

Hasta dónde llegara esta amistad nos podemos dar cuenta por ciertos detalles privados que vemos insertos en el Prólogo —estudio crítico— a la edición de Guatemala de la ilustre escritora Georgina Ibarra.

Entre los libros de recortes que guarda la familia de Aquileo se encuentra una curiosa misiva que le envía Rubén. Dice así:

«Aquileo: Si contribuís con un paso, vamos a almorzar juntos. Vino a discreción. Pero ya.—Darío». Y agrega:

«Búscame por la ventana de la oficina. Pero antes contéstame con el portador verbalmente *si* o *no*.

Este solo rasgo indica que su trato mútuo era de franca camaradería y amistad sincera. Con todo, un conocimiento regular de ambos poetas deja la conclusión de que cada uno siguió por su camino explotando su propia vena y los dos llegaron a la fama por distintas veredas dejándose llevar de su carácter.

Las lides políticas de partido lo hacen abandonar el país y dirigirse a Guatemala y halla en «Guatemala Ilustrada» un ancho campo a sus actividades periodísticas.

De vuelta a Costa Rica, en octubre de 1893, recibe una carta de Rubén Darío desde Buenos Aires invitándole a ir a trabajar con él en *La Nación*. «Y ahora, dos palabras, muy en serio: si tienes deseos de trabajar; si quieres emplear bien tu talento; si quieres ser serio alguna vez —¡ya vas siendo viejo!— vente; mi llamado es, como siempre, franco y sincero. Escríbele a Atwell pidiéndole una carta de recomendación; y entre él y yo, tengo la seguridad, podrás dentro de poco vivir aquí, laborioso y en un país europeo, casi París».

Con estas frases de aprecio queda una vez más demostrada la amistad de Príncipe del Modernismo con el poeta de Costa Rica y a la vez la alta estima que le merece.

Pero el poeta amante de su tierra no se va y se queda en Costa Rica. Se casa en Heredia con María Dolores Flores y goza allí al contacto de su tierra bien amada de los placeres campestres de una finca «La Pitaya». Allí tuvo lugar el origen de la composición «Al Mercado». Es de un sabor local encantador. Hay gracia, hay colorido, hay crespall en el relato y en ella revive toda la animación de un mercado de pueblo. Aquileo es observador y su fuerte está en este género. Allí se desenvuelve como el pez en el agua. Ya ha encontrado su camino. No tiene más que dejarse ir por él. *Instantáneas, La ley del embudo, En Febrero, Acuarela, La cartaguita, Mercado leña, La vela de un angelito, Boda campestre, etc.*, son escenas copiadas del natural. Su libro «Romances y Concherías» lo ha consagrado como el intérprete del alma popular.

Al leer sus «Romances y Concherías» he gozado sintiendo un verdadero poeta. Aquileo Echeverría tiene algunas reminiscencias de los autores de gesta y algunos de sus romances eruditos han sido confeccionados bajo ese mismo patrón. Recuerda también un poco en ellos a los clásicos de la Edad de Oro, sobre todo a Lope de Vega, pero para mí al que más puede parecerse en el fondo y en la forma y hasta en sus procedimientos, de todos los poetas españoles, es al inmortal cantor de los campos castellanos al incomparable Gabriel y Galán. Para que mayor sea su parecido, Aquileo ha escrito también en lenguaje regional que domina a las mil maravillas por haberlo vivido como Galán el de «Extremeñas».

Pero hay algo más que esto en la poesía de Aquileo y que a nuestro parecer constituye su temperamento artístico y es esa compenetración con el pueblo, que le hace sentir como ellos, hablar como ellos. No es sólo un pintor acabado de escenas y de tipos de su tierra, es además el observador minucioso de la psicología del aldeano, es la gracia con que habla por él el mismo pueblo.

Concherías ha titulado su obra. «Concho» significa rústico, palurdo, hombre sencillo del campo.—Luis Barahona. De donde «Conchería» una acción o una expresión propia de un campesino.—Roberto Brenes Mesén.

En «Concherías» está toda la vida del campesino, pero el poeta ha sabido escoger lo más folklórico, lo más típico, y lo ha hecho revivir con el alma de su lenguaje.

El pueblo, con la tienda, el mercado, la plaza; el hogar con sus dependencias, el ajuar, los utensilios, costumbres, trabajo, vida de sociedad: visitas, pésames, novenarios, velorios, nada se le ha pasado al ojo observador del poeta; pero todo ello en actividad, en movimiento, como si lo viéramos: eso es «Concherías», y eso es el pueblo, el «concho».

En sus poesías hay frases estereotipadas. Así lo dice el campesino, así cuenta las cosas, así obra.

«Modelo epistolar» es la carta de todo soldado, por su contenido y por su expresión.

«La serenata» es una caricatura, un poco exagerada, claro está, pero eso es la despedida de un soldado que va a la guerra: unas coplas de amor a su novia al son de una guitarra, pero ¡qué saladas!

«Boda campestre» tiene todo el colorido pueblerino de una boda rumbosa descripción de los novios, brindis, música, coplas; no falta nada.

«La vela de un angelito». Los campesinos están persuadidos de que la muerte de un angelito no debe llorarse, sino celebrarse y por eso organizan un jolgorio.

*Libre la sala de estorbos
puesta en un rincón la mesa,
donde en caja destapada
duerme el ángel que se vela.*

Y efectivamente, se bebe y se baila y a veces la cosa termina en tragedia.

«Cuatro filazos» es un desafío de honor por amor, y pudiera haber sucedido en el siglo diez y seis, pero a machete.

«El curandero» es un verdaderamente saleroso. Se resume en este epífone-ma que forma el último verso: «¡Vos lo que tenés es pasmol!» Así se habla. Aquí está Aquileo en su propio terreno. Por eso ha perdurado su poesía, porque es poesía vivida, convertida en sangre y en vida propia, poesía de su pueblo y no importada de fuera, poesía suya, embebida en su carácter e idiosincrasia y esa es la razón de su éxito, por eso gusta tanto.

Y así podríamos recorrer todas sus «concherías»: «Trato frustrado», «Mercando leña», «Un hermano», «Al mercado», etc. En todas ellas está presente el poeta, el verdadero poeta, el poeta de Costa Rica, que como Gabriel y Galán en Castilla se ha identificado con su pueblo, ha sentido sus mismas preocupaciones y lo ha hecho revivir en sus «Concherías».

A pesar de lo bien que se hallaba entre su gente, su salud y achaques empezaban a flaquear y el Gobierno le concede un viaje a París en vías de tratamiento médico.

Su permanencia en París fué el complemento del sueño dorado de todo poeta de su tiempo. Conocer la Ciudad Luz. Pero la luz de esta ciudad cosmopolita no lo cegó y siguió siendo tan criollo como siempre.

En París conoce al ilustre historiador y diplomático D. Manuel María Peralta y le dedica sus «Concherías» en una edición póstuma que el 1909 se publicó en Barcelona.

París no le prueba bien y pasa a España y en Barcelona ingresa en una casa de salud.

Por una carta, que conocemos por la misma célebre prologuista, escrita desde allí, podemos darnos cuenta de su espíritu religioso y de sus sentimientos claramente cristianos y delicados. Aún en estos momentos se revela el artista; «Roció con agua de Colonia una hermanal la mesa y se fué. Volví a ver el Cristo y una gotita de agua se había prendido en uno de sus párpados y fingía una lágrima. No pude menos de exclamar lleno de fé y conmovido hasta el fondo de mi alma: ¡El Señor llora por mí! ¡Ya estoy salvado! Y lágrimas de gratitud y de alegría brotaron de mi corazón».

No aguantó mucho tiempo este encierro y el descuido de su salud lo llevó al sepúlcro el 11 de marzo de 1908.

Rubén Darío es el primero en avisar a Unamuno la muerte del poeta de Costa Rica. En su carta contestación del 5 de abril de 1909 Unamuno desde Salamanca le dedica unos versos después de leer un artículo de Rubén Darío sobre el autor de «Concherías».

El mismo Rubén Darío que como hemos visto guardó siempre con él tanta intimidad, haciéndose eco de los elogios tributados a su amigo, une también los suyos al de los demás en al Prólogo a la tercera edición de «Concherías» y quema en su honor el incienso de una merecida alabanza.

Sus restos mortales estuvieron sepultados algunos años en el Cementerio de Barcelona. El 18 de marzo de 1915 a iniciativa de sus amigos del Ateneo son trasladados a Costa Rica.

Alfonso M. Bandarech

